

# DOLOR DE CORAZON POR EL ALUMNO DIFICIL

¿En qué otra cosa puede consumir su insomnio un viejo profesor cesante, sino en repasar una y otra vez los capítulos de su historia?

Ninguno de los libros que se amontonan sobre mi mesilla de noche me ofrece nada igual. Esto no es inmodestia, me parece, pero puede acabar en manía.

Creo que me estoy volviendo una especie de buzo de la memoria. Me gusta sumergirme mientras llega el sueño, y luego volver a la superficie con algunos fragmentos particularmente vivos de estos últimos años. Esta noche —quién sabe por qué— he vuelto a ver tu cara en la obscuridad. Eras tú, no es fácil olvidarte. Te llamábamos el zorro. Todo comenzó por una película de Tyrone Power que os proyectaron un domingo. El zorro era un vengador, pero para nosotros, tus profesores, el zorro era ante todo ese animal astuto que caza en las tinieblas. El zorro le ha enseñado al hombre a no venderse por la cara. Y tú no te vendías.

Pasabas, al principio, por un muchachito inquieto, despejado y poco trabajador.

Tus padres venían con frecuencia a interesarse en la marcha de tus estudios, y más de una vez —antes de que empezaran sus desavenencias— me senté como invitado a vuestra mesa.

Nadie hubiera pensado entonces en que un día te nos pondrías enfrente y nos plantearías un serio problema.

Tu carácter impulsivo te llevaba, con frecuencia, a la contradicción contigo mismo: pasabas de la agresión al abatimiento, de la alegría más sonora a yo no sé qué especie de oscura serenidad. Todo esto se interpretaba al principio como un signo de tu poderosa vitalidad, aunque yo tuve siempre la impresión de que no lograbas entenderte del todo.

Sólo más tarde, a medida que crecías, se empezó a hablar de tu inestabilidad como de algo peligroso.

Tu inteligencia era viva aunque nunca pasaste por un alumno brillante; pero después se habló mucho más de tu precocidad para ciertos problemas, en concreto el del sexo, en el que tus compañeros te consideraban un experto.

Sí, lo sé bien. La pubertad te jugó una mala pasada. Evolucionaste de prisa. Te hiciste un hombre sin perder tu cara de niño. Fue entonces cuando empezaste a ejercitar, como nadie, tu habilidad para el disimulo.

Te esforzabas por mantener ante nosotros el rostro que habíamos conocido (aquel rostro tuyo, tan impecablemente claro) pero sólo los más íntimos conocieron tu verdadera cara de catorce años.

La clandestinidad fue tu norma. Fumabas, hablabas, te revelabas como eras allí donde te sentías impune. Era aquel un colegio donde estaban prohibidas demasiadas cosas, según dijiste después.

El mundo se dividió en dos para ti: el tuyo, aquel en que guardabas celosamente tu misterio personal; y el nuestro, desde donde lanzábamos sobre ti nuestras brigadas de observadores.

Fue por entonces, a raíz de alguna fecha ría en la que te sorprendieron, cuando se creyó oportuno ventilar tu caso.

Junto a tu nombre se anotaron los cargos con todo cuidado: eras introvertido, insincero (alguien dijo hipócrita), hábil para manejar a los demás, cabeza de un grupo que lograbas mantener cerrado a toda investigación...

Todo aquello era verdad, una lamentable verdad.

Tal vez nos habíamos imaginado que la confianza con que fuiste tratado en los primeros años era razón suficiente para tenerte ahora de nuestra parte. Este es un error de todos aquellos que apuntan como deuda lo que debieron dar sin pedir nada.

Tu eliminación se basó en un informe real, y sigo creyendo que justo. Las cosas habían

llegado a un punto difícil y fue necesario actuar con firmeza.

Sólo ahora, desde este rincón de mi memoria, hay algo que me descorazona: ¡no hemos podido contigo!

Sí, era preciso "despejarte" porque tú destrozabas el orden que nosotros manteníamos, y esto era más fácil que hacer de ti un ser armonioso y seguro.

También era justo que los demás escarmentasen en cabeza ajena, pero... ¿cómo decírtelo? Para tomar aquella medida hubo que prescindir de tantas cosas... incluso de las raíces profundas de todo aquello que te llevaba a explotarnos entre las manos... Yo mismo, que me consideré tu amigo por algún tiempo, dejé de preguntarte a dónde irías, qué sería de ti en el futuro... Tuve que prescindir de nuestra amistad.

Déjame que repita en voz baja y con dolor de corazón:

—¡No hemos podido contigo!

Bien sé que uno no es siempre culpable de sus limitaciones.

Yo me tropiezo a diario con las mías y he dejado de luchar contra ellas. Soy viejo y estoy cansado; ahora me basta con tener cada día la paciencia suficiente para soportarme.

Pero a veces me pregunto si no me habré rendido demasiado pronto. ¡Quedan tantos como tú!... ¡y tantos, tan débiles, tan impotentes como nosotros!...

Si alguien me oyera imagino lo que diría: —Está demasiado viejo para pedirle que razone.

Sí, pienso que me estoy volviendo un viejo difícil: empiezo a encontrar sencillas tantas cosas complicadas de mi vida...